

Durante el tercer viaje de Colón, y cuando las perlas de la costa de Paria empezaron á despertar más que nunca en Europa la ambición de pasar al Nuevo Mundo, la corte de España se propuso conceder licencias particulares para hacer nuevos descubrimientos, bajo las bases que fijaba. Uno de los que alcanzaron un permiso de esta naturaleza fué Vicente Yáñez Pinzón, que, como recordará el lector, tuvo el mando de la *Niña* en el primer viaje hecho á este hemisferio. Por ciertas desavenencias que hubo entre Colón y los Pinzones, éstos no siguieron al Almirante en sus expediciones subsecuentes. Martín Alonso había ya bajado á la tumba; pero Vicente Yáñez, luego que se abrió la puerta á las empresas particulares, se lanzó al Océano en busca de una fortuna que nunca pudo encontrar. En el segundo viaje que hizo en 1506, en compañía de Juan Díaz de Solís, se propusieron ambos buscar el estrecho que, según Colón, debía unir el mar del Sur con el Atlántico. No existiendo este estrecho, el viaje tuvo, necesariamente, mal éxito (11); pero habiendo llegado á las *Guanajas*, y navegando al Occidente, descubrieron la costa oriental de Yucatán (12), que ni visitaron ni exploraron entonces, seguramente porque su viaje no tenía más objeto que el de buscar el estrecho.

(11) WASHINGTON IRVING, *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, artículo *Vicente Yáñez Pinzón*, en la nota del fin.

(12) COGOLLUDO, *Historia de Yucatán*, libro I, capítulo I.—PRESCOTT, *Historia de la conquista de México*, libro II, capítulo I, nota 10, quien cita á HERRERA, *Historia general*, década 1.ª, libro VI, capítulo XVII.

CAPÍTULO II

1511-1519

Quiénes fueron los primeros españoles que aportaron á Yucatán.—Con qué motivo.—Desgraciada suerte que les cupo.—Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar sobreviven á sus compañeros.—Aventuras de ambos.—Vuelta del último á la vida civilizada.

El *Darién*, una de las primeras colonias establecidas por los españoles en el continente americano, fué desde su fundación teatro de los más escandalosos sucesos. Los aventureros que la poblaban se hallaban siempre divididos en bandos, que tenían por objeto alcanzar el gobierno de la provincia, medio el más pronto y seguro de enriquecerse. Hacia el año 1511 logró al fin triunfar de todos sus competidores Vasco Núñez de Balboa, el futuro descubridor del Pacífico, que ciertamente tenía un mérito sobresaliente para ocupar el alto puesto á que fué elevado. Pero como el último de sus enemigos acababa de embarcarse para la *Española*, donde aun podía hacerle la guerra, imaginó enviar á aquella isla un comisionado que pudiera defender con celo su causa. Fijóse para esta importante misión en un regidor del Darién, llamado Valdivia, á quien confió documentos importantes y una fuerte suma de oro, elemento muy indispensable entonces para mover cualquier asunto del Nuevo Mundo, por insignificante que fuese.

Valdivia se embarcó en una carabela que llevaba veinte

hombres, entre tripulantes y simples viajeros. La navegación fué feliz hasta el momento en que se dió vista á la isla de Jamaica. Pero allí sobrevino una tempestad que arrojó á la pequeña nave sobre el peligroso banco de los *Alacranes*, donde se hizo pedazos. Los infelices náufragos no pudieron salvar ni sus víveres, y para no morir de inanición en aquel inhospitalario arrecife, se metieron todos en el bote, que por fortuna no había recibido ningún detrimento, y se entregaron á merced de las olas con esperanza de arribar á las costas de Cuba, que no creían muy lejanas. Vagaron trece días por el mar, devorados por el hambre y por la sed, y sujetos á todo género de incomodidades. Siete de los viajeros no pudieron resistir á estos sufrimientos, y terminaron sus días en aquel mísero esquite. Los catorce restantes fueron á desembarcar, pálidos y extenuados, á la costa oriental de Yucatán, en las cercanías de Cabo Catoche, adonde los habían arrastrado las corrientes. Allí fueron asaltados por unos guerreros indios, que destruyeron el bote y los hicieron cautivos, sin que opusiesen ninguna resistencia. Parece que la aprehensión se verificó en un pueblo llamado *Sama*, que en la actualidad ha desaparecido, y que los aprehensores fueron súbditos de un cacique á quien se daba el nombre de *Kinich* (1).

Hemos dicho que en Yucatán las prisiones consistían en unas grandes jaulas de madera, y ya se comprenderá que los infelices náufragos fueron encerrados en estos incómodos alojamientos. A pesar de todo, su suerte les pareció mucho más llevadera, no sólo porque ya no veían próximo el peligro de ser devorados por las ondas, sino porque sus carceleros los proveían abundantemente de víveres y comenzaban á recobrar sus fuerzas perdidas.

Admirados de este tratamiento, estaban ya dispuestos á

(1) PEDRO SÁNCHEZ DE AGUILAR, informe contra los idólatras de Yucatán.

creer en un milagro de la Providencia, cuando un horrible acontecimiento vino á disipar todas sus dudas. Un día Valdivia y cuatro de sus compañeros, que eran los más robustos, fueron sacados de sus jaulas y conducidos á un templo cercano, donde los indios los sacrificaron á sus ídolos. En seguida se celebró un gran banquete, en que la carne de las víctimas fué servida como el plato más privilegiado.

Al día siguiente, los cautivos que habían quedado con vida apenas se atrevieron á gustar los alimentos, que según costumbre les sirvieron con abundancia. ¡Los sustentaban bien para que engordasen y su carne fuese más aceptable á los sanguinarios dioses de la tierra! Los desgraciados comprendieron al fin todo el horror de su situación, y no sintiéndose con valor para correr la misma suerte que sus inmolados compatriotas, prefirieron otra clase de peligros. Rompieron una noche sus prisiones y corrieron á ocultarse en el bosque. Pero Yucatán era uno de los países más poblados del Nuevo Mundo, y la existencia de los fugitivos no pudo ser ignorada por mucho tiempo. Cayeron otra vez en poder de los naturales, y fueron llevados á la presencia de un cacique llamado *Kin Cutz* (2). Este era enemigo del antiguo señor de los españoles, y hasta cierto punto más humano, porque se contentó con reducirlos á la esclavitud.

La clase de trabajo á que se les sujetó desde entonces, el rigor del clima y, más que todo, probablemente, la desesperación de volver á la vida civilizada, produjeron un resultado tan funesto en los cautivos, que no tardaron en sucumbir, con excepción de dos andaluces, llamado el uno Gonzalo Guerrero y el otro Jerónimo de Aguilar. También falleció poco tiempo después *Kin Cutz*, y los esclavos del difunto pasaron á la servidumbre del sucesor, á quien lla-

(2) COGOLLUDO, *Historia de Yucatán*, libro I, capítulo VII.

maremos *May*, á pesar de la variedad con que este nombre se halla escrito en los historiadores (3).

Guerrero y Aguilar eran dos caracteres enteramente distintos. El primero era un marinero del puerto de Palos, que en su trabajosa profesión había aprendido á luchar contra toda clase de obstáculos. Era robusto y emprendedor, y cuando se hubo convencido de que era poco menos que imposible la vuelta á su risueña Andalucía, comenzó á pensar en un medio cualquiera que aliviase su angustiosa situación. La fortuna, que no parecía haberle cerrado todas sus puertas, no tardó en presentarle una ocasión para alcanzar sus deseos.

Por motivos que se ignoran, May se deshizo de él y pasó á ser esclavo de *Nachancán* (4), cacique de la provincia de Chetemal. Guerrero solicitó desde los primeros días servir en el ejército de su nuevo amo, y éste no puso ningún inconveniente en acceder á su petición. No tardó en presentársele la ocasión de mostrar su esfuerzo, porque la multitud de reyezuelos que dominaban en la Península se despedazaban en continuas guerras, como ya hemos dicho; y fueron tales la habilidad y destreza que el español desplegó en el campo de batalla, que inmediatamente comenzó á cambiar su suerte de una manera notable. El cacique de Chetemal rompió sus cadenas y le confirió un mando elevado en el ejército. Animado con este primer éxito, Gon-

(3) WASHINGTON IRVING (en sus *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, artículo *Valdivia*) le llama *Taxmar*. COGOLLUDO (obra citada, libro I, capítulo VIII) le llama *Ahmay*, aunque dice que también se le daba el nombre de *Tarmay*. Nosotros nos hemos decidido por el de *May*, ó *H-May*, así por ser un nombre indígena de familia, muy conocido y extendido en el país, como por las razones apuntadas en el capítulo VI del libro I, nota 29, de esta obra.

(4) Tal es al menos el nombre que le da LANDA (*Relación de las cosas de Yucatán*, § III, apud BRASSEUR). Es digno de notar que este es también el nombre del cacique de *Acanul*, con quien algunos años después entabló Montejo algunas relaciones.

zalo redobló sus esfuerzos y osó levantar los ojos hasta la hija del hombre que le había dado la libertad. La beldad maya, cautivada por la arrogante presencia del español y por el ruido que habían hecho sus hazañas, confió esta pasión á su padre, quien no opuso, por fortuna, la más ligera objeción al matrimonio. El liberto ingresó con este motivo en la familia del cacique y pudo acariciar la esperanza de ocupar un día el modesto trono de Chetemal.

El otro español que sobrevivió al rigor con que Kin Cutz trataba á sus cautivos, se llamaba, como hemos dicho, Jerónimo de Aguilar. Era natural de Écija, en la provincia de Sevilla, y había comenzado á educarse para el sacerdocio. Llegó hasta á ordenarse de Evangelio (5); y cuando parecía que no debía tener otro pensamiento que el de aspirar al presbiterado, ocurriósele un día colgar la sotana y embarcarse en una nave que se hacía á la vela para Santo Domingo. Desde allí tuvo la desgracia de pasar al Darién, y empleó muchos años de su vida en llorar este paso. En su largo cautiverio recordó su antigua vocación, y se revistió de tanta humildad, que hacía sin replicar, no sólo cuanto le mandaba su amo, sino cuanto le ordenaban los demás indios. A propósito de esto, refieren una anécdota los historiadores.

Divertíanse un día varios guerreros en tirar con sus flechas á un perro colocado en la extremidad de un palo muy elevado. Un personaje, cuya categoría no se cita, se acercó á Aguilar, que se hallaba entre la concurrencia, y haciéndole notar la destreza de los tiradores que martirizaban al infeliz animal, metiéndole sus flechas en los ojos ó donde intentaban, le preguntó:—¿Crees que si te colocaran en lugar del perro, errarían sus tiros esos flecheros?—Tu esclavo soy, respondió humildemente Aguilar, y

(5) BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, capítulo XXIX.

puedes disponer á tu voluntad de mi existencia; pero tu corazón es bueno y no creo que quieras perder á un pobre siervo que puede servirte en lo que le mandes.— Parece que esta prueba se hizo de acuerdo con May, quien se manifestó muy satisfecho de la respuesta del español (6).

Otra virtud no menos difícil ilustró la penosa cautividad de Jerónimo. Huía de las mujeres y bajaba los ojos cuando las encontraba á su paso, no sólo porque las órdenes sacerdotales que había recibido le imponían la castidad, sino porque temía ser sacrificado por sus bárbaros señores, si le sorprendían en algún desliz amoroso. La continencia absoluta es una virtud que, por su poca conformidad con las leyes de la Naturaleza, excita más bien la incredulidad que la admiración. May sonreía cada vez que oía hablar de la castidad de Aguilar, y tal vez para dar al traste con esta reputación, que él creía usurpada, resolvió someterle á una prueba durísima, de que acaso habría salido con menos gloria un anacoreta de la Tebaida.

Una joven fresca, robusta é insinuante fué escogida para servir de instrumento en esta intriga. May llamó una tarde á su esclavo, y enseñándole á la joven, le ordenó que ambos se pusiesen inmediatamente en camino para un punto de la costa que distaba dos leguas del cacicazgo; que á la madrugada del día siguiente se levantasen á pescar, y que procurasen estar de vuelta en las primeras horas de la mañana, á fin de que el pescado pudiese servirse en la comida. Aguilar cargó con una hamaca que le dió el cacique, y se puso en camino, seguido de su bella compañera. Había ya entrado la noche cuando llegaron al término de su viaje. La joven ató las dos extremidades de la hamaca á las ramas de un árbol, se acostó en ella y, notando que

(6) COGOLLUDO, obra citada, libro I, capítulo VIII.—WASHINGTON IRVING, *ubi supra*.

el esclavo se había retirado, le invitó á hacerla compañía. Jerónimo debió haberse encomendado en aquel instante á todos los santos de su devoción, porque con una flema verdaderamente ascética se puso á recoger algunas ramas secas, las prendió fuego y se acostó cerca de la lumbre, que mitigaba la frialdad de su lecho de arena. La muchacha puso inútilmente en juego todos los medios de seducción que la hora y la soledad le proporcionaban: el esclavo había hecho voto de no mancharse con el contacto de una mujer idólatra, y la aurora del día siguiente alumbró un triunfo solamente igual al que salvó el honor de Putifar.

La heroína de esta anécdota contó á May con una especie de mortificación todo lo que había pasado. El cacique se impresionó profundamente, y depositó desde entonces toda su confianza en el esclavo. Le confió la administración de su hacienda y, según se asegura, hasta su pequeño serrallo.

No fueron estas pruebas los únicos méritos que Aguilar contrajo para con May. Como Gonzalo Guerrero, pidió también ser alistado en el ejército de su amo, y también, como aquél, fué muy feliz en sus primeras campañas. Combatió á la vista de su señor, y éste no tuvo embarazo en confesar que le debía la victoria. La reputación de Aguilar se difundió por una extensión considerable del país, y los jefes de los cacicazgos circunvecinos comenzaron á envidiárselo á May. Pero como comprendieron que no habría querido deshacerse de él por ningún precio, resolvieron perderle.

La religión ha sido en todos los tiempos y en todos los países la primera capa de que ha echado mano el perverso para ocultar sus torcidas intenciones. Reuniéronse varios de aquellos envidiosos, y mandaron á May una embajada, concebida, poco más ó menos, en los términos siguientes: que los dioses patrios estaban indignados de que hubiese

armado á un extranjero infiel contra sus hermanos los mayas, y que la cólera divina no tardaría en estallar si persistía en el sacrilegio de conservarle en su ejército. Pedíanle en tal virtud que les fuese entregado el esclavo, á fin de sacrificarle en el altar de *Kinchachauhaban*. May escuchó con orgulloso desdén á los embajadores y les respondió con dignidad que no acostumbraba pagar de la manera que pretendían exigirle los grandes servicios que le prestaban sus vasallos; que Aguilar le había servido con tanto valor como fidelidad, y que sus dioses debían ser muy poderosos, puesto que habían concedido á su adepto las victorias que acababa de alcanzar.

Los confederados se indignaron con esta respuesta, y reuniendo entre todos un ejército numeroso, invadieron los dominios de su orgulloso vecino. La antigua entereza de May vaciló en tan crítico momento, y deseando consultar la voluntad de sus vasallos, reunió un Consejo, á que asistió también Aguilar. Algunos miembros de la junta se decidieron valerosamente por la guerra; pero otros propusieron que se aceptase la paz bajo las humillantes condiciones que proponían sus adversarios, y que se les entregase el extranjero, único motivo de aquel conflicto. Jerónimo creyó notar que su amo había escuchado con indignación este último consejo, y comprendiendo que su vida, conservada en medio de tantas dificultades, corría el peligro mayor de cuantos había arrojado hasta entonces, se expresó en los términos siguientes:

«En la guerra á que nos provocan los confederados, la justicia está de nuestra parte. Nuestro cacique no les ha inferido ninguna ofensa, y sin embargo se arman contra él. Mi Dios, que nunca puede permitir el triunfo de la iniquidad, me inspira lo que debemos hacer para alcanzar la victoria. Salgamos al campo en busca de nuestros adversarios; dividamos nuestro ejército en dos partes; yo me ocultaré con una en la espesura del bosque; la otra, que

estará á las órdenes de mi valiente señor, fingirá huir á la vista del enemigo; éste le perseguirá, como es natural; yo saldré entonces de mi escondite; May se detendrá, y entre nuestras dos fuerzas cogemos á los confederados, que, creyéndose sitiados por un ejército numeroso, se desbandarán como pájaros.»

La estratagema era bastante sencilla; sin embargo, los súbditos de May la hallaron muy ingeniosa y la adoptaron con calor. Salieron al campo, y luego que se avistaron los dos ejércitos, Aguilar, que hablaba ya con perfección el idioma maya, pronunció una breve arenga para animar á sus compañeros, y se ocultó entre la espesura. Acometieron los confederados; May retrocedió un buen espacio; aparecieron los ocultos, y aquéllos, sintiéndose heridos por el frente y por la espalda, buscaron en la fuga su salvación.

A pesar de estos servicios prestados á su amo, Aguilar quedó siempre reducido á su condición de esclavo. Menos audaz que su compatriota Gonzalo Guerrero, imposibilitado de contraer matrimonio por las órdenes sagradas que había recibido, y con la mente siempre fija en la esperanza que abrigaba de volver un día á la vida civilizada, aquel hombre, mitad eclesiástico y mitad soldado, nunca intentó siquiera salir de su humilde condición, temeroso acaso de que le costase la vida el primer paso que diese para romper sus cadenas.

Un día la vida del esclavo recibió una conmoción extraordinaria. Esparcióse por toda la tierra el confuso rumor de que estaban desembarcando en la costa unos hombres blancos y barbados, que habían venido en canoas de grandes dimensiones. El corazón de Aguilar latió de alegría, porque comprendió que se trataba de sus compatriotas, los cuales, sin duda, acababan de descubrir la tierra de los mayas. Pero ¡ay! cuando todavía se entretenía en discurrir un medio para salirles al encuentro, llegó la infausta

noticia de que los extranjeros habían vuelto á embarcarse y desaparecido (7).

Aguilar suspiró profundamente y volvió sin murmurar á sus penosas tareas. Al cabo de dos años, y cuando comenzaba ya á desesperar de la vuelta de sus compatriotas, presentáronsele repentinamente dos indios, que con mucha cautela le entregaron una carta, la cual habían traído envuelta entre sus cabellos (8), acaso por un exceso de precaución. El corazón del esclavo debió haberse estremecido de alegría al simple contacto de aquel papel, que no podía menos que ser de procedencia europea. Lo abrió temblando de emoción, y halló que decía así:

«Señores y hermanos: Aquí en Cozumel he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos; yo os pido por merced que luego os vengáis aquí en Cozumel, que para ello envío un navío con soldados, si los hubiéredes menester, y rescate para dar á esos indios con quienes estáis; y lleva el navío de plazo ocho días para os aguardar; veníos con toda brevedad; de mí seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo aquí en esta isla con quinientos soldados y once navíos; en ellos voy, mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco ó Potonchán, etc. (9).

Aguilar quiso saber pormenores de los mensajeros, y

(7) Estos españoles debieron ser los que en 1517 desembarcaron en Cabo Catoche, al mando de Francisco Hernández de Córdoba. BERNAL DÍAZ (obra citada, capítulo XXIX) y COGOLLUDO acusan á Gonzalo Guerrero de no haber observado una conducta patriótica, como la de Aguilar. Dicen que Gonzalo fué el que aconsejó á los mayas la guerra que hicieron á los castellanos en Catoche y aun creen que se halló entre los combatientes. COGOLLUDO (obra citada, libro I, capítulo VIII) le acusa además de haber enseñado á pelear á los indios, por cuya causa cree que los hallaron tan bravos los conquistadores de esta península. Ningún otro historiador hace mención de estas circunstancias.

(8) LANDA, obra citada, § IV.

(9) Hemos copiado textualmente la carta de BERNAL DÍAZ (obra citada, capítulo XXVII), á cuya presencia la escribió Hernán Cortés, temerosos de despojar á la historia de la menor palabra que le pertenezca.

éstos le dijeron que sus compatriotas que estaban en la isla habían llegado hacía pocos días, y que sabiendo que había hombres blancos cautivos en el continente, habían dado á los que hablaban unos objetos para pagar su rescate. Estos objetos eran unas cuentas de vidrio, que Aguilar recibió con extraordinaria alegría, y corrió con ellas á buscar á su amo. No parece que May haya puesto ningún obstáculo á los deseos de su esclavo; aceptó el rescate, y le dió licencia para irse donde quisiera (10).

Jerónimo no era egoísta; no quiso disfrutar solo de la felicidad de volver con sus compatriotas, y á pesar de la distancia que le separaba de Gonzalo Guerrero, corrió á Chetemal á buscarle. El antiguo marinero de Palos se había amoldado por completo á las costumbres de su patria adoptiva. Tenía labrada la cara; se había horadado las orejas, la nariz y el labio inferior, de que colgaban ricos pendientes, y todo su cuerpo estaba marcado con los signos indelebles de su profesión. Se hallaba tan cambiado, que su compañero de cautividad estuvo á punto de no reconocerle. Expúsole, no obstante, el objeto de su venida: le leyó la carta de Cozumel, le enseñó las cuentas de vidrio que habían traído los mensajeros y le invitó á que le siguiese. Pero Gonzalo opuso el obstáculo insuperable de que tenía una esposa y tres hijos, á quienes adoraba como á las niñas de sus ojos; añadió que los castellanos se reirían de él al verle llegar á su campamento hecho todo un salvaje, y concluyó diciendo que su posición era bastante elevada en Chetemal para que pudiera quejarse de su suerte. Aguilar se escandalizó al oír esta respuesta, y con ese fervor religioso tan propio de su carácter sacerdotal y de la época en que vivía, reprendió á su compatriota de que quisiese *per-*

(10) BERNAL DÍAZ, *ubi supra*. Otros historiadores dicen que Aguilar, para conseguir su libertad, tuvo que ocurrir á varias estratagemas, y aun á ofrecer la poderosa amistad de los hombres blancos.

der su alma por una india. Gonzalo replicó que había unido su suerte á esta india, que habían procreado tres hijos y que tenía obligación de permanecer en el seno de su familia. Aguilar se ablandó entonces, y le dijo que si tanto quería á su mujer é hijos, podía llevarlos consigo. Pero todas sus instancias fueron inútiles; Guerrero amaba mucho su hogar, y no quiso trocar su calidad de príncipe maya por la de un oscuro aventurero que va todavía en busca de la fortuna. La esposa de éste se presentó repentinamente en la pieza donde tenía lugar esta entrevista, y adivinando el asunto de que se trataba, llenó de improperios al que creía todavía esclavo de May y le echó de su casa.

Aguilar salió desesperado de Chetemal y corrió al Cabo Catoche. Pero su deseo de llevarse consigo á Guerrero le había hecho perder mucho tiempo, y los navíos de que hablaba la carta habían desaparecido. ¡Cómo debió haberse oprimido con este golpe el corazón del pobre cautivo! ¡Cuánto debió haber acusado á la fortuna, que no parecía cansada de perseguirle!

Pero sus padecimientos debían tener pronto un término feliz, porque poco tiempo después supo que los españoles habían vuelto á Cozumel. Corrió entonces á la costa, fletó una conoa de seis remos con las cuentas de vidrio que le quedaban, y se hizo conducir á la isla.

CAPÍTULO III

1517

Origen de la primera expedición al continente septentrional.—Sale de Cuba, á las órdenes de Francisco Hernández de Córdova.—Descubrimiento de la Península.—Los mayas hostilizan cruelmente á los españoles en Cabo Catoche y Champotón.—Dase al país descubierto el nombre de Yucatán.—Etimología de esta palabra.

Por los años 1516 y 1517 andaban ociosos por la isla de Cuba muchos de esos aventureros españoles que comenzaban á abandonar á centenares la madre patria para buscar fortuna en el Nuevo Mundo. Aunque la sujeción y la colonización de la isla se había verificado en 1511, su gobernador; Diego Velázquez, no tenía ya indios que *repartir* (1) entre los pretendientes, venidos de España y del Darién, que los solicitaban. En Española, primer punto de América en que desembarcaban los que venían de Europa, la población indígena se había disminuído tan considerablemente, gracias á la dureza con que fué tratada por sus dominadores, que á los quince años de descubierta se había reducido á la vigésima parte (2). Esto mismo sucedía, poco más ó menos, en el Darién, y había allí tan poca ocupación para los colonos, que la mayor parte había sido

(1) Más adelante explicaremos la naturaleza de estos repartimientos, á que se dió el nombre de *encomiendas*.

(2) ROBERTSON, *Historia de América*, libro III.